

particular o en los métodos de investigación llevados a cabo en la comunidad científica dedicada al estudio de la comunicación animal.

ESPERANZA AGUILAR DE LA MORENA  
*Universidad de Málaga*

ESTEBAN ORTEGA, Joaquín, *Antropología hermenéutica de la gran salud*. Granada: Comares, 2021, 187 pp.

Adentrarse en esta obra de Joaquín Esteban Ortega, docente en la Universidad Europea Miguel de Cervantes, resulta muy acorde al 2021, ya que los temas centrales versan sobre la enfermedad, la muerte, y la comprensión de la salud a nivel sociocultural y político. Este libro puede presentarse como una continuación de *El escorzo melancólico de lo real*, publicado por la editorial un año antes, donde planteaba un presente dado con una gran carga semántica que reacciona contra una realidad apática e ilusoria. Se proponía entonces elaborar una hermenéutica reductiva ante esta sobrecarga para ver hasta dónde se podía llegar. En la obra aquí presente, el autor se propone enfrentar la problemática de la sobrecarga de sentido encarnada ahora en la «hipersalud» que caracteriza nuestra época, que arrastra consigo la expropiación y la expulsión de la experiencia vital de la enfermedad, la vejez y la muerte. Recurrirá, como presenta el título, a un análisis hermenéutico que pone en juego la idea que arrastra la cultura occidental de la necesidad de apresar y prolongar la juventud y evitar la senectud, imaginario que se integra en un contexto de postindustrialización, sobreexposición a las expectativas de la salud, instrumentalización de la corporalidad en el juego de intereses mercantiles, etc.

La edición del presente escrito escoge bien la imagen de la portada en la que aparece una de las pinturas que menciona y describe en el prólogo, *Viejo desnudo al sol* (1870) del pintor catalán Mariano Fortuny, y que de forma muy acertada traza metafóricamente las intenciones que persigue el volumen a través de sus elementos. Solo dos elementos construyen la pintura, la negritud, la oscuridad barroca del fondo y la figura iluminada del viejo con el semblante tranquilo. Con el fondo barroco se alude a la condición ontológica trágica del ser humano, un fondo tenebroso e impersonal que se alza sobre la figura del viejo, tal como la muerte, como la condición caduca e inevitable que pesa sobre la existencia humana. La figura del viejo funciona como ruptura del fondo, la luminosidad de los trazos y de su expresión opera como reivindicación serena de la vida, sustrayendo la tradición occidental de las dicotomías (vida en contraposición con la muerte) el autor opta por

una reivindicación de la una en la otra en la persecución de denunciar unas condiciones sociales y culturales que no adoptan la disposición trágica y la necesidad, por tanto, de repensar la vida desde otra perspectiva.

Partiendo de la delimitación de estas consideraciones, el autor divide la obra en dos partes, la primera organizada en cuatro capítulos y la segunda en otros dos. La primera recoge las dimensiones que afectan a la condición ontológica vital de la contingencia de la salud, que pretende alejarse de una mera concepción de afirmación dogmática en forma de diagnóstico, de una salud que se contrapone a la enfermedad y la oculta limitándose a un anclaje a la condición temporal (juventud). Quiere ofrecer, por el contrario, una perspectiva ontológica de esta que abraza la contingencia. La segunda parte, «La gran salud», marca el foco explícito en la «salud», aludiendo en un primer momento, a esa «hipersalud» característica para en segundo lugar, y dando fin a la obra, plantear la reapropiación trágica desde lo sagrado. Si bien esta delimitación es clara, las nociones centrales, tales como la tragedia, vertebran continuamente toda la obra creando un relato que consigue transmitir la fuerza de las múltiples referencias que utiliza y que culminan en una obra de cosecha muy personal que deja entrever una gran sensibilidad y un interés profundo por la vida.

En el primer capítulo «Antropología narrativa de la enfermedad» toma la enfermedad para construir una antropología que combata el despojo de la enfermedad que denuncia a través de la narrativa y la literatura. Afirmará, con Susan Sontag, el uso metafórico alienante de la enfermedad asociada inmediatamente al mal y a la muerte (evitativa) que condiciona la experiencia de esta. Sin embargo, adoptará la metáfora en su hermenéutica como herramienta en el juego de interpretar y dar sentido en el mismo momento en el que se combate con la sobrecarga semántica. La hermenéutica ejerce el funcionamiento de reducción y se sirve de una mirada antropológica hacia la figura del enfermo. Joaquín Esteban lo presenta no como una abstracción, sino como fruto de las contingencias vitales y personales, no existe la enfermedad como tal, sino la figura del enfermo, y este se presenta en diferentes dimensiones. La referencialidad metafórica, como decía, es un constante su obra, en este capítulo autores como Virginia Woolf, Thomas Mann o Dostoievski aparecerán para dar sentido a los argumentos. Aparecen un sinfín de referencias entre las que destacaré a personajes como *Hanno Buddenbrook* que encarna el *pathos* del enfermo, símbolo de la temporalidad y culmen de la decadencia que atraviesa a la familia alemana en la novela de Thomas Mann *Los Buddenbrook*. Así como usa, con Dostoievski, a los diferentes personajes de *Crimen y castigo* para dar voz a la «enfermedad ontológica» existencial.

El siguiente capítulo «Expulsión y retorno de la muerte» sitúa la problemática y plantea cómo el contrapunto de inmortalidad contrario a

la muerte es el que sienta las bases de la sociedad. Aparecen autores como Braudrillard, Edgar Morin, Philippe Ariès., pero el capítulo lo protagoniza la figura de Elias Canetti. Para facilitar un mero acercamiento a la obra, recurro, como el autor hace, a Nobe Elias para explicar cómo un auge de políticas científico-técnicas, un desarrollo mayor del capitalismo, entre otras estructuras, implementan al sujeto frente al grupo institucionalmente. La prolongación de la vida, la pacificación mediante instrumentos institucionales, la hiperhigiene y medicalización radical de la vida descuidando la perspectiva personal y espiritual de la muerte y, por último, la individualización que exige al individuo contestar a algo que él mismo no puede. Los moribundos se encuentran condenados al ostracismo, un ostracismo que además puede agravarse a nivel de clase social o género. Un peligro que tiene que ver también con ideologizar, como planteaba Marcuse, la muerte y, al tematizarla, se nos robe subyugándonos a ella en forma de Dios, estado o naturaleza. Frente a esto propone la postura de Elias Canetti de la necesidad de luchar contra la muerte continuamente, sin anestesiarse con el ocultamiento. Una actitud no de resistencia ante la muerte sino de repetición, para seguir indagando en ella.

Si hay algo que no deja de resonar en el lector al leer su obra es la influencia nietzscheana: la inclusión de la tragedia en la vida, la insistencia en la muerte, la propia tesis del autor «la gran salud», referenciando al título del último aforismo de *La gaya ciencia*. En el tercer capítulo aparece, en este sentido, un «superhombre» insólito puesto en la figura del anciano, en el que presenta su reinterpretación del superhombre partiendo de sus reflexiones anteriores. Lo propone como una reapropiación de lo que somos mientras estamos dejando de ser paulatinamente. Frente al niño de Nietzsche, que aspira a la recuperación de la inocencia, frente a la nada primigenia desde la que reconstruirse, Joaquín Esteban lo sitúa en el final de la vida, en una figura de heridas acumuladas, de memoria, de muertes: alguien que encarna el devenir y la temporalidad. Presenta una transvaloración de los valores que se sitúa en la senectud y la decrepitud. Frente al Sócrates que prefería la muerte a una «vergonzosa decadencia», idea que se arrastra desde las concepciones helénicas de la vejez como castigo, aparece una reconstrucción positiva de la figura de la vejez. El autor propone la afirmación de la tragedia y de la vida igual que Nietzsche, pero lo hace desde la afirmación de la negación, definiendo al anciano como aquel que posee la extrañeza de la propia identidad (se siente como alteridad, la identidad se rebela en su contra). Al final del capítulo retoma de nuevo la crítica sociopolítica y nos habla de un «contexto líquido» donde la vejez es atendida solo superficialmente, pero en el fondo está expulsada por el mercado y lo performativo.

Cerrando esta primera parte presenta el cuarto capítulo titulado «El dolor». En este tendrá gran cabida la cuestión de la infabilidad del lenguaje al

intentar comunicar el sufrimiento y cómo la narratividad hermenéutica ayuda a aplicarla y a dar sentido y continuidad a la propia experiencia del dolor: «Se trata de una orientación de sentido ante el impacto de la destrucción del mundo» (p. 123). Este capítulo persigue defender, como Jünger, que la exclusión del dolor es la exclusión de la propia vida. Propone junto con este una vida que contempla la potencialidad del sufrimiento en su carácter pedagógico. Esto último lo ancla al final con la experiencia del padecimiento, la actitud que toma de Gadamer en *Verdad y Método* del aprender del padecer. Esto se da con el requisito de ser conscientes de la finitud, de nuestra propia limitación como seres humanos. Con esta propuesta de pedagogía y de aprehensión del dolor en el intento por cambiar de perspectiva y combatir la expropiación de lo expulsado, de lo trágico, lo doloroso, la enfermedad, y la muerte, y abrir paso a la «gran salud» cierra este capítulo y da paso a la segunda parte del libro.

En el primer capítulo de esta parte criticará la institucionalización de la salud, la medicalización de la vida, la mirada en la enfermedad y no en las causas sociales y contextuales que la provocan. Se da una instrumentalización de la enfermedad convertida en diagnóstico y esto aleja al enfermo la dimensión espiritual y personal de la enfermedad. El sesgo jerárquico que se da entre el paciente y el médico del que ya hablaba Foucault. Aparecen ejemplos tales como el análisis del suicidio efectuado por Durkheim en el que concluía en señalar la tasa mayor de suicidio en las sociedades con mayor desigualdad económica. El segundo hablará de esa «experiencia trágica de lo sagrado» en la actitud de insistencia y rebeldía ante la muerte: «La gran salud es la exuberancia de lo inútil. Liberados provisionalmente de las sujeciones de la operatividad material aparece la fascinación de lo excedente, lo peligroso, lo maldito, del tabú: la potencialidad de lo sagrado habitando en un constante riesgo trágico.» (p. 164)

Para concluir, cabe decir que la obra de Joaquín Esteban no te deja indiferente, hay una propuesta sugerente que, aunque ya encuentra su origen en las tesis nietzscheanas que han resonado hasta ahora, consigue, adaptando su voz, revertir el peso del imaginario que arrastra la cultura occidental y que encuentra eco y se enaltece en los mecanismos de dominación que atraviesan nuestro siglo. La gran salud no pretende ser otro modo esencial de domesticación y paliación de la enfermedad y la muerte, sino una reapropiación desde el espíritu trágico en los términos nietzscheanos de aniquilación, de combate, de insistencia y repetición.

IRENE CACCAMO RUBIO  
*Universidad de Málaga*